

Traducción.

Schopenhauer y Mainländer, lectores de Leopardi.

Fabio Ciracì, Carlos Dario Romero y Gabriel
Adelio Saia.

Cita:

Fabio Ciracì, Carlos Dario Romero y Gabriel Adelio Saia (2023).
Schopenhauer y Mainländer, lectores de Leopardi. Traducción.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/gabriel.a.saia/9>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ppmg/Qe5>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Schopenhauer y Mainländer, lectores de Leopardi

de Fabio Ciraci (Universidad del Salento, Italia).

1. Schopenhauer, lector del *Diálogo* y de Leopardi.

Los testimonios que tenemos nos dicen que Schopenhauer le confesó a uno de sus discípulos: “¿sabes que, en un mismo año, Italia albergó a los tres pesimistas más importantes? Doss lo reveló: Byron, Leopardi y yo. Pero éstos no se conocieron entre sí”. Schopenhauer se refiere al primero de los dos viajes a Italia, aquel que emprendió en 1819, con motivo de descansar y aliviar la fatiga que le produjo la escritura de su *Opus magnum*, *El mundo como voluntad y representación*. De hecho, Schopenhauer no solo demuestra su amor por la literatura y la filosofía italiana, por Dante, Giordano Bruno, Boccaccio, Gozzi, Leopardi, Petrarca, entre otros, sino que, además, conoce la lengua en la que estos escribieron. Este amor lo acompañó durante toda su vida, así como también supo acompañarlo a Goethe.

Ya en la primera visita de 1850, cercano a la habitación de Schopenhauer en Frankfurt, Adam von Doss, un discípulo particularmente interesado en la cultura italiana, le había aconsejado a su maestro la lectura de las obras de Giacomo Leopardi. Von Doss consideraba que el pensamiento del poeta se parecía mucho al de su maestro, colocándolo entre los grandes dramaturgos de la humanidad. En 1858, Schopenhauer le respondió a su discípulo, quien le había recomendado la lectura de *Operetas morales* y de *Pensamientos*, y le pidió una traducción antológica de las obras de Leopardi:

Le pedí a Frisch en Mannheim las *Operetas morales* de Leopardi y vea: es una lástima [p.2] que no haya indicado el año ni el lugar de la impresión. No quiero su *Obra completa*. Sin embargo, haría bien en escribir un pequeño artículo en el *Litterarische Unterhaltungsblätter*, ¡con el que adquiriría un lugar entre los evangelistas!.

Luego de recibir las *Obras* de Leopardi, Schopenhauer se dedicó intensamente a su lectura, tal y como lo atestigua una carta del 3 de enero de 1859 dirigida a David Asher en Leipzig: “el *Vossische Zeitung*, del 12 de diciembre al 1 de enero, ofrece traducciones de mi pariente espiritual, Leopardi, al que vengo leyendo desde hace ya dos meses con sumo deleite [*délíce*] en su idioma original”. Estas traducciones del *Vossische Zeitung*, como recuerda Giuseppe De Lorenzo, ya habían sido realizadas por el discípulo de Schopenhauer, literato y redactor de la revista, Ernst Otto Lindner. A este le escribe Schopenhauer el 7 de enero de

1859, agradecido por el trabajo de traducción que satisfizo la antigua petición que le había hecho a su otro discípulo, von Doss. El *doctor indefatigabilis*, título que Lindner recibió del maestro por su intensa y apostólica actividad, le entregó a Schopenhauer algunas traducciones de las obras del poeta italiano, recibiendo una “dura lección” por parte de su maestro, como escribió el mismo Lindner, sobre su grado de corrección y rigor. Este suceso nos habla sobre el conocimiento que Schopenhauer tenía de la lengua italiana.

Así, cuando en 1858 la fama del célebre ensayo *Schopenhauer y Leopardi – Diálogo entre A. y D.*, escrito por De Sanctis, llegó a Lindner en 1859, el diligente discípulo le envió una copia a Schopenhauer [p. 3], como cuenta el mismo Lindner en sus memorias schopenhauerianas. En una carta del 23 de febrero de 1859, Schopenhauer escribe a Lindner:

Es un avance importante que Italia inaugura para mí. Lo leí con mucha atención dos veces y me asombra todo lo que este italiano se apropió de mi filosofía y como la comprendió bien. No se opone a ninguno de mis escritos, como cierto profesor alemán, de nombre Erdmann, sin un conocimiento verdadero, independientemente del número de páginas. No, De Sanctis la sostuvo *in succum et sanguinem* [en savia y sangre] y puso todo aquello que había realmente necesitado. También está convencido de la verdad y está lleno de entusiasmo. Sin embargo, cree que tiene que mostrar una *sarcastic sneer* [sonrisa socarrona] de vez en cuando para ganarse el público.

Aunque, a decir verdad, De Sanctis no fue tan benévolo con la filosofía de la voluntad, ¡todo lo contrario! Por razones que tienen que ver con su formación hegeliana y un inusitado sentimiento patriótico, De Sanctis no podía compartir el universalismo metafísico de la filosofía de Schopenhauer, así como tampoco la perspectiva provista por el nihilismo de la voluntad y de la acción. Más aún, la crítica irónica que escribió De Sanctis a Schopenhauer se vio influenciada por el antagonismo del erudito italiano y su aversión personal hacia Richard Wagner, quien era amante de la noble Mathilda von Wesendonck, quien por aquel entonces era alumna de De Sanctis. Fue precisamente ella quien le presentó la filosofía de Schopenhauer a su maestro. La reducción –más o menos implícita– de la figura de Schopenhauer a la de Wagner no le hace justicia al filósofo de *El mundo...*, al menos porque Schopenhauer, a pesar del entusiasmo de Wagner, no parece considerar que la música de éste se encuentre estrechamente relacionada a su propia filosofía. Para colmo, a Schopenhauer no le gustaba la música de Wagner. El Sabio de Frankfurt supo escribir, “¡Yo sigo siendo fiel a Mozart y a Rossini!” [p. 4].

Podemos recordar, solo de pasada, que De Sanctis imagina en su *Diálogo* una discusión entre dos compañeros de viaje, el Sr. “A.”, un veterano liberal y desilusionado, que había participado en los levantamientos revolucionarios de 1848, y el Sr. “D.”, una transfiguración del mismo autor. Los dos personajes entablan una confrontación en torno a la figura y el pensamiento de Arthur Schopenhauer, “el filósofo del futuro”, con una clara referencia proveniente de la obra total wagneriana. El personaje del Sr. “A.” es “el prototipo del potencial discípulo de Schopenhauer”, que va a la carga contra la filosofía hegeliana: “Hegel es el gran pecador y Schopenhauer se enfada sobre todo con él”. Aquí De Sanctis retoma la conocida polémica sobre la herencia kantiana, de la que Schopenhauer se autoproclamaba como el único y auténtico continuador. Para De Sanctis, los seguidores de Schopenhauer son “antes que nada, todos hombres del futuro, son los descontentos, los incomprendidos, los insatisfechos, considerados hermanos carnales del gran hombre”. En pocas palabras, De Sanctis describe a los discípulos de Schopenhauer como aquellos *enfermos de la voluntad* del S. XIX, como los llamaría más tarde Théodule Ribot. Sin embargo, De Sanctis no puede negar que el estilo de Schopenhauer es claro, accesible y no profesoral, “alejado de las fórmulas y de cualquier aparato científico, con un lenguaje corriente y popular”, aun cuando el filósofo se jacta continuamente de estas condiciones.

Pero la crítica más profunda que lanza De Sanctis es aquella dirigida hacia la metafísica de Schopenhauer: “somos marionetas y el mundo es una comedia”. Schopenhauer, según De Sanctis, “echa un vistazo detrás de la escena”, es decir, entre las bambalinas de la apariencia, y encuentra allí la *cosa en sí*, el *Wille*, de la que todo lo sabe, a pesar de que la voluntad nouménica sea incognoscible. De Sanctis confecciona una ironía sin posibilidad de réplica. Con gran habilidad, ridiculiza la metafísica de Schopenhauer, criticando el recurso a los milagros y a los “taumaturgos” que el filósofo utiliza una y otra vez para justificar la conversión de la voluntad y la compasión, o critica fuertemente el concepto de arbitrio servil que se opone con fuerza a la libertad tan querida por el exiliado patriota italiano. De Sanctis tampoco puede subestimar el desprecio que Schopenhauer siente por todas las formas de nacionalismo. Para él [p. 5], el quietismo schopenhaueriano se opondría tanto al patriotismo como a la civilización solidaria que imaginaba Leopardi. El intelectual italiano, que a la sazón vivía exiliado en Zúrich, no podía aceptar la idea de Schopenhauer de que “la patria es una abstracción; la humanidad, una ficción; la historia, un juego; el individuo está condenado inevitablemente al dolor y al aburrimiento. Entonces, ¿para qué vivimos? Matémonos, hermosa, adorable, piadosa muerte”.

El *Diálogo* concluye con la paradójica –e irónica– victoria del pesimismo metafísico de Schopenhauer por sobre el pesimismo cósmico de Leopardi. El iniciado schopenhaueriano –el Sr. “A.”– promete traducir las obras de Schopenhauer al italiano. Pero incluso, sobre el final del *Diálogo*, todo gira en torno a la irónica confrontación entre ambas doctrinas, y la estatura moral del poeta eclipsa la del filósofo.

En 1859, a través de Doss y Lindner, el *Diálogo* de De Sanctis fue finalmente leído por Schopenhauer. Sin embargo, el filósofo de Frankfurt no logró captar la ironía del subtexto. El evidente malentendido quizá se deba a la conocida soberbia de Schopenhauer. Si no queremos dudar del grado de conocimiento que Schopenhauer tenía de la lengua italiana, y que sabemos que así era según las cartas que escribió, bien podemos plantear la hipótesis de que el deseo de ser reconocido como *maître à penser* también en Italia era tal que poco se enteró de la ironía y la desaprobación que De Sanctis tenía para con su sistema filosófico. Aquel *Diálogo* no era ciertamente *a sarcastic sneer*, como escribió Schopenhauer, sino una crítica irónica de la metafísica schopenhaueriana.

Sin embargo, el entusiasmo de Schopenhauer por el *Diálogo* era tal que rápidamente puso manos a la obra y difundió el extracto del *Diálogo* entre sus seguidores, mencionándolo en varias cartas dirigidas a sus *Schüler*, como Bähr, Bahnsen, Doss, entre otros. No obstante, discípulos y admiradores, quizá para no [p. 6] defraudar el entusiasmo de su maestro o por el hecho de no haber comprendido el *Diálogo*, no pusieron objeción alguna frente a la –cuando menos– dudosa interpretación realizada en el escrito de De Sanctis.

Pero si, por un lado, la historia narrada en el *Diálogo* representa la partida de nacimiento de la fortuna que corrió Schopenhauer en Italia, por otro, también parece tener importancia para la propia reflexión del filósofo sobre Leopardi. En una carta del 1 de marzo de 1860 dirigida a Doss, donde responde a una misiva anterior sobre el pensamiento de Leopardi, Schopenhauer le anunció a su discípulo, además, la inminente publicación de la tercera edición de *El mundo como voluntad y representación*. Unos meses más tarde, el 21 de septiembre de 1860, Schopenhauer falleció tranquilamente en su casa de *Schöne Aussicht* en Frankfurt del Meno. Sin embargo, en la tercera y última edición de *El mundo...* permanece un rastro de la lectura de Leopardi, que Schopenhauer recuerda con intensidad:

Sin embargo, nadie trató esta cuestión [la miseria de la existencia] tan a fondo y exhaustivamente en nuestros días como Leopardi. Él está completamente lleno y penetrado por ella: por todas partes su tema es la burla y el tormento de esta vida. Lo declara en cada página

de su obra, y sin embargo con tal multiplicidad de formas y giros, con tal riqueza de imágenes que no genera fastidio, sino más bien siempre es deleitoso y estimulante.

2. Mainländer, lector de Leopardi.

Nos ocuparemos ahora del discípulo que, mayormente, desarrolló el pesimismo de Schopenhauer en un sentido radical: Philipp Batz, apodado Mainländer. Sabemos que este novel filósofo vivió sus años más felices en Nápoles. Se trata de su periodo de formación en el extranjero. Mainländer quería obtener una visión amplia del mundo, aquella que necesitaba su profesión de comerciante y en la que su padre, el empresario Georg Batz, lo había iniciado. Su madre, Catharina Luise Seib [p. 7] (1811-1865), a la que Mainländer estaba estrechamente unido, no habría querido alejarse de su hijo, quien fue siempre físicamente frágil, miope y dedicado a las humanidades, tanto que pasaba días enteros en el ático, en la “cúpula del poeta” [*Dichterklappe*]. Sin embargo, la primera separación del ámbito familiar ocurrió cuando el joven estudioso escribió a la *Handelsschule* de Danzig, en marzo de 1856. Estimulado por los estudios realizados con su tutor, el arqueólogo Wolfgang Helbig, y sus discusiones con el poeta Karl Gutzkow, Mainländer decidió ampliar sus conocimientos, haciendo sus prácticas laborales en Nápoles que, por aquel entonces, era una de las mayores ciudades de Europa. Durante cinco años, desde 1858 a 1863, Mainländer permaneció en la ciudad soleada del golfo. En un comienzo, Mainländer ofició de aprendiz bancario, luego fue empleado y, finalmente, corresponsal internacional del mayorista Louis Mazel & Co.

No obstante, a pesar de las mejores expectativas y un primer año de vida despreocupado en Italia, en 1859 algunos acontecimientos nublaron este único periodo de felicidad. Una *Fräulein* no identificada, quizá la señorita Mönch, de la cual Philipp estaba enamorado, contraería matrimonio con otro joven de Offenbach. Por si fuera poco, al mismo tiempo llegó la triste noticia del suicidio de su hermano menor, Daniel, quien también vivía Italia, en la ciudad portuaria de Messina. Se trata de la primera de varias muertes, que asolaron la vida de la familia Batz —de la cual tres de sus miembros se suicidaron: Daniel, Philipp y, luego, su hermana Minna Batz— y la extinguieron por completo. El dolor por la pérdida de su hermano menor fue tal que el joven Mainländer decidió satisfacer su fervor militar, su odio antifrancés y su persistente *cupio dissolvi* [deseo de disolverse], alistándose y combatiendo en la batalla del *Risorgimento* de Villafranca, en el bando austriaco y en contra de Saboya, en julio de 1859. Se trata de un ímpetu romántico [p. 8] que recuerda mucho al joven poeta y dramaturgo Heinrich von Kleist que busca —y no encuentra— la muerte en batalla contra las tropas de

Napoleón, y que, finalmente, acaba suicidándose al igual que Mainländer. Sin embargo, y a diferencia del poeta alemán, el filósofo de Offenbach morirá solo y sin el apoyo de ningún cómplice.

Al volver de Nápoles tras el armisticio, Mainländer escribe: “me hundí en una profunda melancolía y solo encontré consuelo en la maravillosa naturaleza y en la poesía”. En efecto, el joven Philipp Batz se unió a asociaciones culturales, como la *Deutscher Verein* y la sociedad de inspiración republicana con el inquietante nombre schilleriano *die Räuberbande*, es decir, *El grupo de los bandidos [La banda dei Masnadieri]*, donde se leían los clásicos italianos. Al mismo tiempo, se inscribió en un club de canotaje, el *Deutscher Ruderclub*, participó de la vida social, fue a fiestas de baile (“siempre fui un bailarín muy animado”), realizó viajes y se unió a eventos deportivos. El deporte y la literatura se convirtieron en un refugio contra el dolor y los pensamientos oscuros. De 1858 a 1863, Mainländer escribió una colección de poemas, *Aus dem Tagebuch eines Dichters*, que da testimonio tanto de su amor por Italia como también del contraste entre su vida despreocupada y un *Weltchmerz* muy arraigado. Los poemas, siempre rociados de melancolía y *Sehnsucht*, llevan a menudo en el título los lugares visitados, por lo que es fácil deducir que nuestro joven pensador visitó el Vesubio, Capri, la Gruta Azul, Amalfi, la tumba de Virgilio en Piedigrotta, lugar que también visitó Schopenhauer, Castellamare y Sorrento. [p. 9]

Pero Mainländer no solo nació como poeta en Nápoles, fue también en esta ciudad donde descubrió el pensamiento de los dos filósofos que más lo influenciaron: Baruch Spinoza y Arthur Schopenhauer. Según su recuerdo, el encuentro con Schopenhauer se produjo de forma sensacional, fue una verdadera conversión, inmediata e irreversible, un recuerdo que a claras luces parece novelesco y que nos advierte sobre el escepticismo con el que debemos tomar la autobiografía mainländeriana, *cum grano salis*. Son varios los factores que nos permiten dudar sobre si Mainländer realmente escuchó en algún momento el nombre del *Sabio de Frankfurt*. Pero es interesante señalar que, en todo caso, el encuentro se dio, en cierto sentido, bajo el signo leopardiano. De hecho, en aquella época Mainländer frecuentaba la Librería Detken, en la Piazza Plebiscito de Nápoles, ubicada bajo la majestuosa columnata de San Francesco di Paola. La librería funcionaba como lugar de encuentro para los intelectuales italianos y extranjeros, era un verdadero salón literario en el corazón de Nápoles. Además, era la librería preferida de Antonio Ranieri, amigo, biógrafo y editor de las obras de Giacomo Leopardi. En efecto, el joven Alberto (Albert) Detken, nacido en Bremen, al establecer contacto con Leopardi y Ranieri, decidió abrir [p. 9] su propia librería en la bella

ciudad del golfo, que inauguró en 1836, pocos meses antes de la muerte del gran poeta de Recanati, el 14 de junio de 1837.

Leopardi reingresa de este modo como lectura predilecta del joven Mainländer, quien en el poeta italiano reconoce un alma afín y lee el volumen *Opere di Giacomo Leopardi*, editada por Ranieri. En el diario del filósofo se encuentra escrito: “cuando leí las palabras de su biografía: *este hombre llevó intacta hasta el sepulcro la flor de su virginidad*, mi alma se estremeció”. Se trata de una referencia importante, porque responde a aquello que será uno de los pilares de la doctrina moral mainländeriana. El filósofo establecerá, de hecho, que la virginidad es uno de los instrumentos de extinción de la voluntad en relación a la especie, una de las vías de redención, junto con el suicidio y la realización del Estado ideal. Asimismo, el 26 de septiembre de 1873, coherente con lo que sostuvo en su obra, Mainländer fue hacia la tumba de su madre y, levantando las manos al cielo, prometió “Virginidad hasta la muerte. — Esto entendí y esto también en la vida quise practicar”.

Asimismo, hay que recordar que, entre los libros que llevó consigo en su periodo militar como coracero voluntario en Halberstadt, además de algunas gramáticas lingüísticas, el *Manual of Buddhism* de Spence Hardy, Tácito y Gil Blas, también está la voluminosa *Opere* de Leopardi.

En la librería Detken, en un impreciso día de febrero de 1860, Philipp Batz cuenta que se encontró una copia del *Mundo como voluntad y representación*, proveniente de Leipzig.

Sin embargo, su encuentro con Schopenhauer y la impresión por su poética no fueron el único legado que Mainländer se llevó de Italia y Nápoles. De regreso a Offenbach [p. 10], Mainländer encontró la vida estrecha de siempre. Luego, seguirán tiempos de lucha interior, nuevos conflictos con su padre, otros breves empleos, pero, además, la redacción de su mayor obra, *La filosofía de la redención*, así como su desilusión por la vida militar. Su existencia concluyó trágicamente con el suicidio metafísico teorizado en su obra, y practicado con teutónica coherencia y firmeza el día en el que recibió la primera copia impresa de su obra, la noche entre el 31 de marzo y el 1 de abril de 1876, a la edad de 34 años.

Sin embargo, el tiempo que pasó como aprendiz en Italia estuvo lleno de felicidad y descubrimientos, el único período realmente feliz de su breve existencia. De las páginas del diario de Philipp Batz, quien hasta entonces se consideraba todavía un poeta, aflora un aire de melancolía debido a la difícil separación de Italia y de Nápoles, de su golfo azul, al cual se sentía ligado como “tensado por hilos mágicos y dorados”. El filósofo bendice al destino por haberlo arrancado de “los jardines de Armida”, en una reminiscencia tassiana filtrada, quizá, por la lectura de Goethe. También Nietzsche recuperará esta imagen de la *Gerusalemme*

Liberata de Torquato Tasso, para describir la “séptima soledad” del viajero. Así, Mainländer rompe con la tierra de la diversión y de la dulce vida, del tiempo de la poesía y de la vida activa:

si me hubiera quedado, ¿en que cosa hubiera me habría convertido ahora? Solo después de haber elegido una única dirección, similar a la de todos, quería diferenciarme por mi carácter: era uno de esos tristes compañeros que ya no tenía una patria, que, habiendo cedido frente a la magia de Italia, no son verdaderos italianos, ni verdaderos alemanes.

Aquí, el fervor patriótico mainländeriano toma el control y el filósofo culpa a los alemanes que considera apostatas, “alemanes-americanos, alemanes-ingleses, alemanes-italianos”, que reniegan de la propia patria, porque creen haberse convertido en “los más sabios entre los sabios, los más afortunados entre los afortunados”, habiendo perdido ahora “el máspreciado tesoro del hombre: el conmovedor amor por la patria”. Ahora, [p. 11] Mainländer estaba convencido de volver a Alemania, para combatir por los prusianos, por los Hohenstaufen y la unidad alemana. Sin embargo, dirige un último y conmovedor saludo a Nápoles:

No quisiera volver a verte; si así fuese, mis recuerdos perderían todo su esplendor. Serían como una mariposa que perdió todo el polvo de sus alas. La impresión del hombre adulto no debe retocar la de los sentidos jóvenes, del lenguaje joven. Tú, sagrado sueño de mi juventud, debes brillar puro y claro hasta mi última hora, como brillaste en el lugar sagrado de mi alma.

En Nápoles, Philipp Batz se convirtió en poeta; sin embargo, las experiencias que había tenido allí, el descubrimiento de la obra de Spinoza y Schopenhauer, continuaron haciendo efecto también en su vida y en su pensamiento cuando se convirtió en filósofo. La propia elección de renunciar a su nombre de bautismo por un *nom de plume* para que se olvidara, en sentido místico, su individualidad, se remonta a un episodio ocurrido en Nápoles, que él mismo cuenta en una carta al editor:

Pertenezco a aquellos de los cuales el místico Tauler dice: que se ocultan de todas las creaturas para que nadie pueda hablarme de ellos, ni de los buenos ni de los malos, y ninguna frase que conozca me impresionó profundamente como el epitafio de las catacumbas de Nápoles: *Votum solvismus nos quorum nomina Deus scit*. Por lo tanto, le pido gentilmente que nunca me nombrará como el autor de la *Filosofía de la redención*. Para esta obra soy Philipp Mainländer y quiero serlo hasta la muerte, y para siempre. Naturalmente, le hago la misma petición en el caso de que se niegue a publicar mi obra. [p. 12]

Su nombre debía estar ligado solamente a su obra, de su individualidad no tenía que quedar rastro alguno. Lo máximo que podía concederse era una indicación de la pertenencia territorial: Mainländer, es decir, un habitante de las tierras del Meno.

Finalmente, no sabemos cuánto penetró el pensamiento de Leopardi en la filosofía de Mainländer. Sin embargo, la afinidad con el poeta de Recanati, que murió exactamente en Nápoles a una edad muy joven, aquel pesimismo cósmico, lo impresionó. Había imitado sus versos y seguido sus pasos. La virginidad que Leopardi llevó de forma intacta a la tumba, se convirtió en el principio de redención y fue la promesa que Philipp Mainländer hizo sobre la tumba de su madre.

En este sentido, Leopardi parece haber dejado una huella importante en la filosofía de Mainländer. Nos complace pensar que estas dos almas delicadas y unidas en el pesimismo encontraron en la Nada el consuelo que buscaron en vida.